



RedNHE

Red Nacional de
Investigadores
en Economía

Cuidado Infantil en la Argentina: Estrategias de Madres Trabajadoras

Carla Arévalo (UNSa/CONICET)

DOCUMENTO DE TRABAJO N° 364

Junio de 2025

Los documentos de trabajo de la RedNIE se difunden con el propósito de generar comentarios y debate, no habiendo estado sujetos a revisión de pares. Las opiniones expresadas en este trabajo son de los autores y no necesariamente representan las opiniones de la RedNIE o su Comisión Directiva.

The RedNIE working papers are disseminated for the purpose of generating comments and debate, and have not been subjected to peer review. The opinions expressed in this paper are exclusively those of the authors and do not necessarily represent the opinions of the RedNIE or its Board of Directors.

Citar como:

Arévalo Wierna, Carla(2025). Cuidado Infantil en la Argentina: Estrategias de Madres Trabajadoras. Documento de trabajo RedNIE N°364.

Cuidado infantil en la Argentina: estrategias de madres trabajadoras

Arévalo Wierna, Carla¹

Resumen

La desigual distribución del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado entre hombres y mujeres persiste. Las mujeres continúan asumiendo la carga de las tareas del hogar, dedicando significativamente más tiempo que los hombres; incluso en los países más desarrollados. Este desequilibrio, según un estudio de la OIT, condiciona sus oportunidades y proyectos de vida. La economía del cuidado estudia cómo estas actividades, esenciales para la reproducción social y el sistema productivo, se organizan mayoritariamente dentro de los hogares, siendo las mujeres las principales responsables. Este trabajo tiene como objetivo analizar las estrategias que adoptan las mujeres ocupadas para resolver el cuidado infantil. A través de datos de la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo de Argentina (2021), se plantea la hipótesis de que las mujeres de bajos recursos recurren al apoyo de familiares, mientras que las de mayor capacidad económica contratan servicios de cuidado. Se busca evidenciar estas desigualdades y proponer políticas que promuevan una distribución más equitativa del trabajo de cuidado.

Palabras claves: Género, desigualdad, cuidado.

¹ Instituto de Estudios Laborales y del Desarrollo Económico (IELDE-FCEJyS-UNSa), CONICET.

I. Introducción

La desigual distribución del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado entre hombres y mujeres persiste. Las mujeres continúan asumiendo la carga de las tareas del hogar, dedicando significativamente más tiempo que los hombres. La Organización Internacional del Trabajo (OIT) publicó un estudio sobre la distribución de tareas de cuidado no remunerado en 75 países. En todos los países, incluso en los más desarrollados, las mujeres soportan la mayor carga del tiempo dedicado a las tareas de cuidado no pago. En el extremo más igualitario se encuentra Suecia, donde las mujeres asumen 55,3% del tiempo total de cuidado. Mientras que en el extremo más desigual se encuentra Mali, donde 9 de cada 10 horas destinadas al cuidado en ese país están a cargo de las mujeres (Charmes, 2019). Esta disparidad en la responsabilidad del cuidado afecta considerablemente más a las mujeres, condicionando sus proyectos de vida.

La economía del cuidado nace como un campo de pensamiento económico que busca estudiar la dinámica de un amplio conjunto de tareas destinadas a la existencia y la reproducción de la sociedad. Interesa conocer la relación que existe entre el funcionamiento del sistema económico y la organización del cuidado (Rodríguez Enriquez, 2007). La familia es el núcleo de provisión de servicios de cuidado, y ese cuidado es esencial para disponer de la fuerza laboral que requiere el sistema productivo (Rodríguez Enriquez (2007), tomado de Picchio, 1999). El cuidado doméstico garantiza trabajadores contemporáneos y futuros (los niños de hoy) saludables, bien alimentados y educados; los que demanda el mercado.

La responsabilidad del cuidado de las personas recae sobre los hogares, y dentro de los hogares sobre las mujeres de la familia. Cómo se distribuyen las responsabilidades domésticas depende de las relaciones familiares, en función de la distribución interna de poder determinado por el género, la generación y la provisión de recursos materiales (Rodríguez Enriquez, 2007). Fuera del hogar, el acceso a servicios de cuidado está segmentado. Encontramos sectores de bajos ingresos que están excluidos de la posibilidad de pagar por el servicio, y sectores de ingresos medios y altos con mayor capacidad de contratar. Un apéndice interesante, que no se profundizará en este capítulo, es que la contratación del servicio de cuidado está, en general, teñida por el incumplimiento de los derechos de las mujeres que trabajan en casas particulares. Son en su gran mayoría contrataciones precarias (Rodríguez Enriquez, 2007).

La participación laboral femenina creció progresivamente en las últimas décadas. Según la última premio Nobel de economía, Claudia Goldin, la dilación del matrimonio y de la maternidad son factores que han impactado sustancialmente en el aumento de la participación laboral de las mujeres (Goldin 2006). Sin embargo, las mujeres nunca dejaron de realizar las tareas domésticas. La cada vez mayor participación en el mercado -en muchos casos con igual intensidad que los hombres- ha convivido con la dedicación al trabajo doméstico y de cuidado, dando lugar a la llamada *doble jornada* de trabajo, una en el mercado y otra en el hogar (Faur, 2014).

En particular, este capítulo propone indagar sobre las estrategias que adoptan las mujeres ocupadas para resolver el cuidado de los niños con los que conviven. Son mujeres que tienen la necesidad irrenunciable de sustituir su tiempo de cuidado para poder cumplir con la responsabilidad en el trabajo de mercado. A diferencia de la elección que enfrenta una mujer inactiva entre participar o no participar en el mercado, las mujeres ocupadas ya participan y requieren que alguien más cuide a sus hijos en su lugar.

La Agenda global 2030 exhorta a los países miembros de las Naciones Unidas a “Reconocer y valorar los cuidados no remunerados y el trabajo doméstico no remunerado mediante la

prestación de servicios públicos, la provisión de infraestructuras y la formulación de políticas de protección social, así como mediante la promoción de la responsabilidad compartida en el hogar y la familia, según proceda en cada país” (meta 5.4) y a “Velar por la participación plena y efectiva de las mujeres y la igualdad de oportunidades de liderazgo a todos los niveles de la adopción de decisiones en la vida política, económica y pública” (meta 5.5) (Naciones Unidas, 2015). Para lograr estos objetivos globales se requiere revelar las desigualdades y diseñar políticas creativas y ambiciosas que aceleren la reducción de las brechas de género.

Con datos de la primera Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT) realizada en la Argentina en 2021, se pondrá a prueba la siguiente hipótesis: las mujeres ocupadas de bajos recursos sustituyen su tiempo de cuidado apelando a la ayuda de familiares, generalmente otras mujeres de la familia; mientras que las mujeres ocupadas con mayor capacidad económica contratan el servicio de cuidado en el mercado.

Este capítulo se ordena de la siguiente manera: a esta introducción le sigue una sección sobre la distribución social del cuidado. Luego, la sección III describe la experiencia argentina sobre la implementación de encuestas de uso del tiempo. La sección IV describe la fuente de datos que se utilizan. Las secciones V y VI buscan responder empíricamente cómo se distribuye el trabajo de cuidado entre hombres y mujeres, y cuáles son las estrategias que llevan adelante las madres ocupadas para garantizar el cuidado de los niños mientras ellas trabajan. Por último, la sección VII pone en discusión los resultados obtenidos frente a los antecedentes previos y a la hipótesis propuesta.

II. Factores condicionantes y actores responsables del cuidado

Esta sección interrelaciona los fenómenos asociados al cuidado, como el control de la fecundidad, la participación laboral y el diseño de políticas públicas. Presenta una perspectiva histórica del fenómeno y analiza el rol que los diferentes actores de la sociedad tienen sobre el cuidado. La literatura habla del diamante del cuidado, una piedra preciosa -el cuidado de las personas- contenida en los vértices que representan al Estado, las empresas, la comunidad y las familias. Como puede esperarse, la figura del diamante no es simétrica, sino más bien una desbalanceada con mayor peso sobre las familias, y más, sobre las mujeres de la familia.

La decisión de tener hijos implica para las mujeres un análisis sobre la penalidad que ejercería la maternidad en los salarios futuros, o en las oportunidades laborales. En otras palabras, implica una reflexión sobre el costo de oportunidad de ser madre. Por supuesto, los factores que determinan la participación de las mujeres en el mercado son muchos otros también, por ejemplo, las preferencias por la independencia económica, la mayor inclinación por conformar una familia tradicional, el grado de desarrollo de un sistema de cuidado, entre otros. Hakim (1996) muestra que la mayoría de las mujeres tienen preferencias por conciliar la estabilidad económica con la familiar.

Existe evidencia a favor de que la dedicación intensiva en las actividades de cuidado condiciona la participación en el mercado de trabajo, principalmente la participación de las mujeres. Casado-Marín, García-Gómez y López-Nicolás (2010) muestran que las cuidadoras que conviven con la persona dependiente -y/o que le dedican más de 28 horas de cuidados por semana- asumen costos importantes en términos de pérdida de empleo. También, que el cuidar durante más de un año tiene efectos negativos sobre el empleo. Aquí se manifiesta una de las razones por la que es relevante redistribuir la carga de cuidado con mayor igualdad.

En la historia la distribución sexual del trabajo nació y se intensificó con la llegada del capitalismo liberal, a partir de la transición hacia una sociedad moderna y urbanizada. Los

hombres adoptaron el rol exclusivo de proveedores y se convirtieron en personas dependientes del trabajo de reproducción realizado por las mujeres de la familia. Esta situación surgió en buena parte porque los hombres trabajaban en el mercado alrededor de setenta y dos horas por semana; relegando exclusivamente a las mujeres las tareas del hogar (Carrasco y otras (2011); tomado de Cowan, 1983 y Bock y Thane, 1991). Se desprende de esto que las mujeres no solo cuidan a niños pequeños, ancianos o personas enfermas, sino también a sus maridos. Es decir, a personas autónomas e independientes.

Goldin (2007), la Premio Nobel de Economía 2023, encuentra en la historia de la participación laboral de las mujeres estadounidenses una etapa que denomina *evolucionaria*. Es aquella donde las mujeres deciden invertir en educación gracias a la perspectiva prometedora de un trabajo estable en el mercado laboral. Así como en la India, muchos padres creían que no era necesario educar a las niñas, pues no visualizaban retornos económicos sobre esa inversión (Duflo, 2012), en un tiempo las mujeres estadounidenses tampoco. Al menos no en tiempos anteriores a la etapa *evolucionaria*. Los padres indios solo esperaban que sus hijas se casen y se ocupen de sus hogares.

En la etapa *evolucionaria* aparece también otro factor relevante: la identidad con una carrera, un oficio o un puesto de trabajo. A diferencia de insertarse al mercado como trabajadora adicional -aquella que se activa únicamente cuando el proveedor del hogar pierde su trabajo, o cuando los ingresos familiares son insuficientes-. En esta etapa, las mujeres tomaron la decisión de insertarse al mercado pues ser trabajadora se convertía en un proyecto de vida personal (Goldin, 2006).

Otra etapa relevante en la historia de la participación laboral de las mujeres, según Claudia Goldin, es la *revolución*. En esta etapa suceden cambios que afectan los arreglos familiares. Dada la mejor perspectiva laboral de las mujeres, estas no solo invirtieron tiempo en su formación, sino que además dilataron el matrimonio y la maternidad. El descubrimiento de la píldora anticonceptiva, en 1960, permitió el control de la fecundidad y fue elemento clave en esta etapa. Sin embargo, la entrada al mercado laboral de las mujeres, no fue acompañada por una disminución en las responsabilidades del hogar. Aparece así la circularidad de la jornada femenina que se sintetiza en la llamada doble jornada: el trabajo remunerado es seguido por la actividad doméstica, y viceversa (Faur, 2019).

El control de la fecundidad y la mayor participación laboral de las mujeres, sumado al aumento de la esperanza de vida, contribuyeron al rápido envejecimiento poblacional que experimentan, principalmente, los países altamente desarrollados. La fecundidad muestra hace tiempo una sostenida tendencia decreciente, a la vez que la participación laboral de las mujeres fue incrementándose. Muchos países se encuentran no solo con un nivel de fecundidad por debajo de la tasa de reemplazo², sino con niveles extremadamente bajos: por ejemplo, Hong Kong tiene en promedio 0,75 niños por mujer, China, 1,16 y España 1,28 (Roser, 2014).

El envejecimiento poblacional se ha tornado preocupante para muchos países. Afortunadamente, Myrskylä, Kohler y Billari (2011) descubrieron una leve reversión en la tendencia decreciente de la fecundidad en países de alto desarrollo. Los autores atribuyen esta mejora al continuo desarrollo económico y social. No obstante, advierten que la capacidad que tiene el desarrollo económico para desacelerar las tasas de envejecimiento de la población está

² La fecundidad de reemplazo es la fecundidad mínima necesaria para que una población cerrada se mantenga indefinidamente en el tiempo sin disminuir su volumen, y suele cifrarse en 2,1 hijos por mujer como promedio (Vallin 1994).

condicionada por la igualdad de género: “los países con un alto nivel de desarrollo medido en términos de salud, ingresos y educación, pero con atrasos en términos de igualdad de género continúan experimentando una disminución de la fecundidad” (Myrskylä, Kohler y Billari, 2011). Revertir el envejecimiento poblacional, requiere no solo impulsar el desarrollo sino también cerrar las brechas de género; generar perspectivas de redistribución de la carga de cuidado de esos niños que se desea sean fecundados.

Suecia es uno de los países que han logrado esa reversión, y que mantiene un nivel de fecundidad por encima del promedio de sus pares nórdicos, países de similar configuración como estados de bienestar. Este resultado es atribuido a las políticas familiares implementadas en Suecia. Son políticas que, en lugar de fomentar la fecundidad, estuvieron y están dirigidas a facilitar la vinculación de las mujeres al mercado laboral y a promover la igualdad de género. Más aún, de manera original, las políticas se focalizaron sobre los hombres y en desarrollar su capacidad de reconciliar la vida laboral con la familia. El objetivo de estas políticas es que los hombres y las mujeres tengan la cantidad de hijos que aspiran tener, independientemente de su capacidad económica o del lugar de residencia (Anderson, 2020).

Como venimos analizando, la participación laboral de las mujeres está condicionada por la presencia de niños pequeños en el hogar. Sin embargo, cierta evidencia muestra que la carga de cuidado puede no ser el factor principal. Paz (2018), con datos de la encuesta internacional Family and Changing Gender Roles, encuentra que la relación entre el *apego a los roles de género* y la participación laboral femenina es 6 veces mayor que la relación entre la *presencia de niños* y la participación laboral femenina. Esto refuerza la necesidad de diseñar políticas públicas de cuidado más allá de la exclusiva provisión del servicio de cuidado, generar políticas que promuevan ampliamente la igualdad de género.

Podemos llegar a un consenso donde establecer que las tareas de cuidado son una necesidad central en la producción y reproducción de la sociedad. Todas las personas necesitamos ser cuidadas en algún momento de nuestras vidas; cuando somos niños, cuando estamos enfermos, o durante la vejez. El trabajo de cuidado, tan relevante para la sociedad, recae exclusivamente sobre las mujeres. Es por eso que muchas pensadoras, como Maristella Svampa, aspiran al desarrollo de políticas que promuevan un entorno en el que la maternidad no sea vista por las mujeres como una limitación a su libertad personal; aspiran al redireccionamiento de las inversiones del Estado hacia un sistema nacional de cuidado (Svampa, 2020).

Una de las consecuencias extremas que experimentan las mujeres por ser las principales responsables del cuidado es la pobreza de ingresos y de tiempo. La pobreza LIMTIP³, aquella que considera tanto la insuficiencia de ingresos como la escasez de tiempo, tiene una incidencia mayor en hogares comandados por mujeres (Aloé, 2020; Conelly y Kongar, 2017; Esquivel, 2014). Este amplio concepto de pobreza identifica como pobres no solo a las personas cuyos ingresos son insuficientes para alcanzar una canasta básica sino también a quienes no cuentan con tiempo suficiente para realizar las tareas de reproducción del hogar. La incidencia de esa pobreza es mayor en las mujeres, especialmente en aquellas que encabezan hogares monomarentales (Arévalo, 2018).

El concepto de cuidado pensado como el conjunto de actividades que requiere la sociedad para reproducirse abre un abanico de tareas variadas según la composición del hogar, su cultura y los servicios disponibles. Así, por ejemplo, una familia que vive en una zona rural alejada que

³ Levy Institute's innovative Measure of Time and Income Poverty.

no cuenta con gas natural, ni con garrafas, tendrá que conseguir leña, y esa es también una tarea de cuidado, una actividad fundamental para la reproducción de ese hogar. Las tareas de reproducción de esa familia no solo implican las típicas actividades de cocinar, limpiar, cuidar a los niños, sino también recolectar leña del monte para cocinar. Cuando la provisión del servicio no es provista por el Estado, y cuando las familias no pueden contratar estos servicios de manera privada, se acude a una heterogénea gama de estrategias que encuentran respuesta en el entorno familiar o comunitario.

Frente a la escasa provisión de servicios públicos de cuidado, las familias despliegan estrategias al alcance, se organizan, tejen redes. Zibecchi (2014) analiza las experiencias de cuidado comunitario en sectores populares de la Argentina. Se trata de iniciativas autogestionadas que pueden tomar la forma de guarderías o jardines, y que responden a la creciente demanda en torno al cuidado infantil. Los factores que confluyen en la gestación de esta forma comunitaria de prestación del servicio de cuidado son “la demanda urgente en contextos de carencia, la implementación de políticas sociales que promueven contraprestaciones vinculadas al cuidado, y la dotación de atributos positivamente valorados en las mujeres de la comunidad” (Zibecchi, 2014).

Con mirada interseccional, Magliano (2019) describe que las mujeres migrantes peruanas también asumen responsabilidades de cuidado comunitario. La autora conceptualiza al cuidado comunitario como aquellas actividades y estrategias desplegadas por las familias en pos de la reproducción de la vida cotidiana en el espacio barrial. Con la llegada de las familias peruanas a la provincia de Córdoba (Argentina), la conformación de un nuevo asentamiento fue acompañada por las tareas autogestivas de un grupo de mujeres peruanas, destinadas a resolver las necesidades alimentarias de la población infantil. La autora observa que lo comunitario surge cuando el trabajo de la reproducción desborda el ámbito doméstico, y se involucra al espacio barrial en su conjunto.

Por su parte, la oferta estatal para el cuidado de niñas y niños durante la primera infancia es limitada en la Argentina. Leavy (2023) recupera de Faur y Pereyra (2018) datos que muestran una baja cobertura del servicio público de cuidado en la región noroeste del país. En esta región, una de las más pobres del país, solo 11% de los niños menores de dos años se encuentran escolarizados. Entre ellos, menos de una décima parte asiste al sector público. La creación de Centros de Primera Infancia (CPI) fue una política pública diseñada para cubrir la demanda de cuidado de sectores populares, ya que la matrícula está destinada a niños con parámetros de riesgo y/o vulnerabilidad social. Sin embargo, resulta insuficiente pues las madres beneficiarias aún se preguntan “¿qué trabajo de menos de tres horas por día podría asegurar autonomía económica?”.

El gobierno reconoce la necesidad de sustituir las horas de cuidado de las mujeres para que puedan disponerse a estudiar o trabajar. En particular, el gobierno de la provincia de Córdoba desplegó una Red de Salas Cuna ofreciendo espacios públicos y gratuitos para niños de sectores vulnerables y con el fin de dar a la madre “la tranquilidad del cuidado y contención de sus hijos, mientras trabaja o asiste a la escuela. Contribuye[ndo] así a la inserción social y laboral de las mujeres” (Magliano, 2019; tomado de Gobierno de la Provincia de Córdoba, 2019).

El déficit de oferta pública afecta relativamente más el acceso a servicios de cuidado de las familias pobres, y por tanto, sobrecarga relativamente más a las mujeres pobres (Zibecchi, 2014). Las familias que pueden afrontar los costos de mercado crean circuitos diferenciados,

caracterizados por un mayor nivel de asistencia de los niños a espacios de educación durante la primera infancia. Esto “constata la tendencia a que la población más vulnerable es la que menos posibilidades tiene de acceder a servicios educativos y de cuidado fuera del hogar y contribuye a perpetuar el *círculo vicioso* de la pobreza y su transmisión entre las generaciones” (Pautassi y Zibecchi, 2010).

El Estado no solo puede asumir su responsabilidad de garantizar el acceso al cuidado a través de la provisión del servicio, sino que también puede promover legislaciones que amplíen compulsivamente esa responsabilidad más allá del ámbito doméstico. En la Argentina, la Ley de Contrato de Trabajo (art. 179 y su reglamentación) establece que “En los establecimientos de trabajo donde presten tareas cien (100) personas o más, independientemente de las modalidades de contratación, se deberán ofrecer espacios de cuidado para niñas y niños de entre cuarenta y cinco (45) días y tres (3) años de edad, que estén a cargo de los trabajadores y las trabajadoras durante la respectiva jornada de trabajo”. La reglamentación establece considerar el número de empleados independientemente de su género, aunque la normativa inicial refería a trabajadoras mujeres.

El último vértice del diamante de cuidado corresponde al sector privado. Schenone y Oliva (2017) analizan las formas de pensar las políticas de conciliación por parte del mundo empresarial argentino. Los autores concluyen que el enfoque de la responsabilidad familiar corporativa (RFC), en principio, promueve acciones tendientes a conciliar el ámbito laboral y familiar y la redistribución del trabajo de cuidados. No obstante, en el largo plazo, este enfoque mostrará sus limitaciones, dado que se enmarca bajo la lógica del beneficio empresarial y no del derecho al cuidado o desde la perspectiva de género.

Los autores relevaron una incipiente producción de estudios empresariales que identifican la necesidad de cambiar la idea del trabajador ideal a tiempo completo por una que reconozca el nuevo contexto social con trabajadores que tienen responsabilidades familiares. Para este corpus, reconocer la conciliación familiar-laboral es condición necesaria para asegurar rentabilidad y mantener los niveles de productividad. Además, los autores indican que el cuestionamiento empresarial sobre la norma de trabajador ideal - sin responsabilidades familiares- no tiene alcance sobre la división sexual del trabajo, sino que mantiene la idea de que las mujeres son cuidadoras naturales.

Este recorrido nos permite reconocer que aún existe una distribución desigual de las tareas de cuidado, donde las principales (y casi exclusivas) cuidadoras son las mujeres. Hay experiencias incipientes de oferta de cuidado estatal en la Argentina, a través de dispositivos donde también son mujeres las que cuidan (a cambio de una retribución precaria). Lo mismo se percibe en el ámbito privado, donde las empresas, independientemente de sus motivaciones, todavía no participan ampliamente en la oferta de cuidado. El cuidado comunitario es un entorno que da respuesta a la necesidad desbordante de las familias más vulnerables de la sociedad, frente a la mínima participación de actores con mayor poder y capacidad de proveer servicios. El diamante de cuidado propuesto por la literatura -que conecta las familias, el Estado, lo comunitario y las empresas- todavía está desbalanceado, con mayor carga sobre las familias, y particularmente sobre las mujeres.

III. Encuestas de uso del tiempo implementadas en la Argentina

La primera encuesta oficial en Argentina que indagó sobre el uso del tiempo es la Encuesta de Condiciones de Vida (ECV) implementada en 2001 por dos organismos del gobierno nacional: el SIEMPRO (Sistema de Información, Evaluación y Monitoreo de Programas Sociales) y el

INDEC (Instituto Nacional de Estadística y Censos). A estas alturas existían ya otras experiencias en la región, como la de República Dominicana en 1995, México en 1996 y 1998, Nicaragua en 1998 y Guatemala en el 2000. En simultáneo, Cuba implementó también una en 2001. Si bien la ECV no es una encuesta de uso del tiempo, incorporó, en un módulo de vida cotidiana, preguntas sobre la participación y cantidad de horas dedicadas a limpiar la casa, lavar los platos, hacer las compras, cuidar a niños, cuidar a familiares ancianos o enfermos.

Estas iniciativas comenzaron a surgir tras las recomendaciones realizadas en la Plataforma de Acción de Beijing de 1995 y adoptada en la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer. Allí se recomendó que los servicios estadísticos internacionales, y los organismos gubernamentales mejoren “la obtención de datos sobre toda la contribución de la mujer y del hombre a la economía, incluyendo su participación en el sector no estructurado”, y también desarrollen “una clasificación internacional de actividades para las estadísticas sobre el uso del tiempo en que se aprecien las diferencias entre mujeres y hombres en lo relativo al trabajo remunerado y no remunerado” (ONU Mujeres, 1995).

En el año 2005, se realizó en el país por primera vez una encuesta de uso del tiempo bajo la metodología del diario de actividades. Se destaca el procedimiento, puesto que, a diferencia de aquel que indaga sobre una lista corta de grandes actividades (como fue en 2001 con la ECV), este tiene mucha mayor riqueza y una amplia utilidad (Amarante y Failache, 2023). La Dirección General de Estadísticas y Censos de la Ciudad de Buenos Aires aplicó, en la ciudad de Buenos Aires, un módulo adicional sobre uso del tiempo en la Encuesta Anual de Hogares.

Utilizando la misma metodología que en 2001, en el año 2013 el INDEC relevó la Encuesta sobre Trabajo no Remunerado y Uso del Tiempo. Se incorporó a la Encuesta Anual de Hogares Urbanos (EAHU) un módulo adicional con preguntas sobre el tiempo destinado a actividades específicas relacionadas al trabajo doméstico no remunerado y al trabajo voluntario. En particular, se consideraron tres actividades del trabajo doméstico: 1) limpieza de casa, aseo y arreglo de ropa, preparar y cocinar alimentos, compras para el hogar, reparación y mantenimiento del hogar; 2) apoyo en tareas escolares a miembros del hogar 3) cuidado de niños, de enfermos o de adultos mayores, miembros del hogar.

Recientemente, en 2021, se implementó la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT). La primera encuesta bajo la metodología de diario de actividades con cobertura nacional. El diario de actividades fue aplicado únicamente a una persona mayor de 14 años en cada hogar encuestado. Esta persona, que fue elegida aleatoriamente, debía registrar las actividades realizadas durante el día inmediatamente anterior a la visita del encuestador, en intervalos de tiempo de 10 minutos. Se relevó como mínimo una actividad y como máximo tres en simultáneo durante ese lapso de tiempo.

Si bien es muy valiosa la inversión realizada para la realización de la ENUT -en términos del aporte al conocimiento actualizado del uso del tiempo en general, y del destinado al trabajo doméstico y de cuidado no remunerado, en particular- hay que reconocer que tiene sus limitaciones. Por ejemplo, dado el diseño muestral que determina solo a una persona del hogar como informante de su uso de tiempo, no es posible conocer la interacción entre convivientes. Es decir, no permite conocer las dinámicas de uso del tiempo que se configuran al interior de los hogares. En este trabajo, por ejemplo, no pudo conocerse a la vez, la intensidad con la que las mujeres ocupadas participan en el cuidado y la intensidad con la que participan sus cónyuges.

IV. Datos y metodología

En esta investigación se analizarán los datos recogidos por la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT) en el 2021 en la Argentina. La base de datos tiene un alcance de 28.520 hogares y es representativa a nivel nacional y regional. En vistas de los objetivos planteados, se aprovechará, principalmente, el módulo sobre demandantes de cuidado. Este módulo fue incorporado para conocer las estrategias que desarrollan los hogares en la organización del cuidado de aquellas personas que lo requieren. Las actividades que integran operativamente el concepto de *cuidado* son: actividades de reproducción y cuidado personal, cuidado temporal por enfermedad, apoyo escolar, acompañamiento en traslados, entre otras (Cuadro 1).

Cuadro 1. Actividades relacionadas al cuidado relevadas por la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT). Argentina, 2021.

Fuente: Elaboración propia.

La población objetivo son mujeres ocupadas en el mercado laboral, que tienen entre 25 y 44 años de edad y que conviven con niños menores a 5 años. Se considera ese rango etario en vistas de superponer la etapa laboral y la etapa fértil en la vida de las mujeres. Como rango etario de la etapa laboral se define el tramo entre 25 y 60 años, descontando la etapa de la juventud (18 a 24 años) durante la cual las mujeres pueden participar en el mercado, o pueden estar estudiando. El rango etario de vida fértil es entre los 15 y los 44 años, etapa con mayor probabilidad de tener a cargo un hijo pequeño. Las mujeres ocupadas que conviven con niños tienen una demanda efectiva de tiempo de cuidado que requieren sustituir.

Para analizar las estrategias con las que las madres que trabajan logran dar respuesta a la necesidad de sustituir el tiempo de cuidado se aplicará un abordaje cuantitativo descriptivo a los datos de la ENUT. El análisis cuantitativo presenta una descripción de la distribución actual de las tareas de cuidado entre hombres y mujeres, refleja la persistencia en el tiempo de la desigual distribución de tareas. Para esto se emplean también datos de la ECV. Las secciones destinadas al análisis revelan cómo mujeres y hombres participan en diferente magnitud de tareas cotidianas como asear, hacer compras, reunirse con amigos, entre otras. También, se presentan resultados que muestran cómo la presencia de niños condiciona más a las mujeres que a los hombres en la posibilidad de trabajar o de buscar un trabajo. Finalmente, la desagregación de los indicadores mencionados por tipo de hogar y nivel educativo revela diferentes estrategias para diferentes grupos de mujeres.

V. ¿Cómo se distribuye el trabajo entre hombres y mujeres?

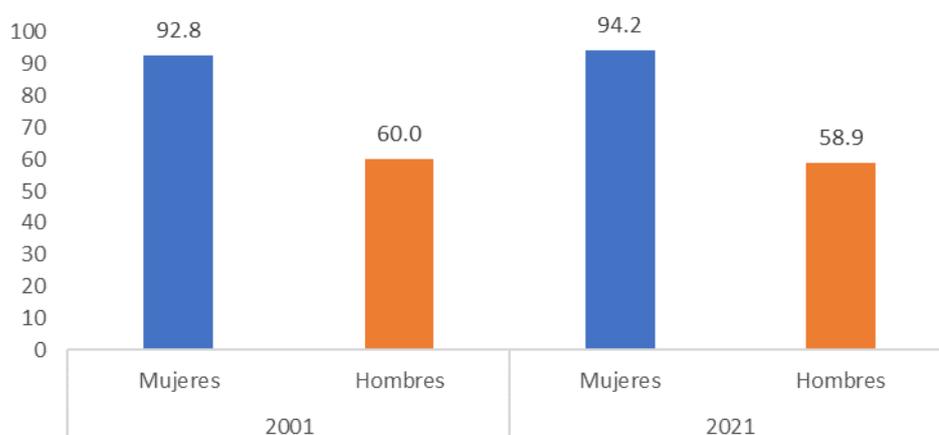
En la Argentina, se realizó una encuesta de uso del tiempo con cobertura nacional en el año 2021, la ENUT. Gracias a esa inversión, se puede dimensionar la desigual distribución del trabajo no remunerado, y, en particular, del trabajo de cuidado. Típicamente, las estadísticas oficiales permiten monitorear indicadores del mercado laboral, como la tasa de actividad, de empleo y desempleo, a partir de encuestas a hogares. Esos indicadores reflejan, por ejemplo, un nivel de inactividad mucho más alto en las mujeres que en los hombres. Pero, lo que esas mujeres -estadísticamente inactivas- están haciendo (por ejemplo, cuidar niños) puede recién ser indagado a partir de encuestas de uso del tiempo.

Considerando los datos de la Encuesta de Condiciones de Vida (ECV), realizada en 2001, y los de la ENUT-2021, se muestra la persistencia de las desigualdades en el tiempo. Salvando las

diferencias metodológicas de las encuestas, puede observarse que las mujeres participan sustancialmente más que los hombres en las tareas de cuidado. Prácticamente, la brecha en la participación es idéntica en ambos períodos (Figura 1).

En el 2001, 92,8% de las mujeres que convivían con un niño de 0 a 4 años declaró haber participado en tareas de cuidado en la semana de referencia, en comparación con el 60% de los hombres. Resultando así, una brecha de género de 32,8 puntos porcentuales (pp.). Veinte años después, en 2021, 94,2% de las mujeres declaró haber participado en alguna actividad de reproducción de los niños (en su cuidado personal, el cuidado de su salud, los acompañaron a algún lugar o les dieron apoyo en las tareas escolares), mientras solo 58,9% de los hombres realizó al menos una de esas actividades. Alcanzando una brecha de 35,3 pp. (Figura 1). Podríamos decir, que 9 de cada 10 mujeres cuidan a los niños, y solo 6 de cada 10 hombres.

Figura 1. Porcentaje de mujeres y hombres de 25 a 44 años que conviven con un niño menor a 5 años y que participan en tareas de cuidado. Argentina 2001 y 2021.

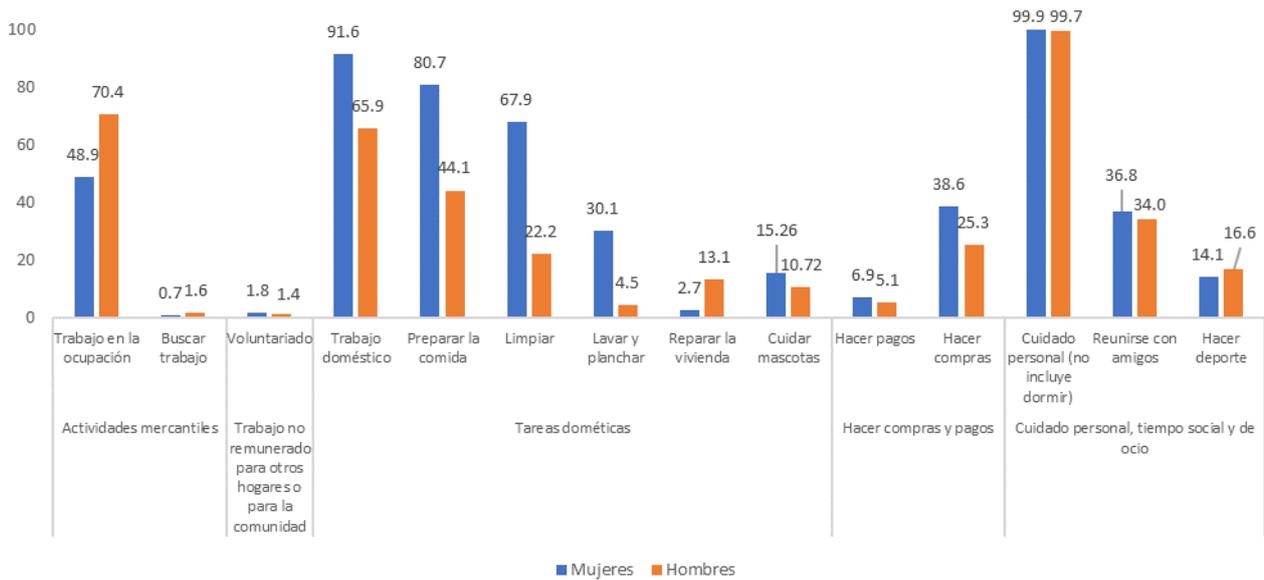


Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta de Condiciones de Vida (ECV) y de la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT).

Vimos, hasta ahora, que las mujeres participan en actividades de cuidado mucho más que los hombres. Lo mismo ocurre también en otras actividades relacionadas al trabajo doméstico no pago. La mayor diferencia entre hombres y mujeres se encuentra en la actividad de limpiar la vivienda. La participación de las mujeres alcanza 67,9% y la de los hombres, solo 22,2%; resultando una diferencia de 45,7 pp. Le sigue la actividad de preparar y servir la comida, donde participa 80,7% de las mujeres y 44,1% de los hombres. Son menos las mujeres que participan en la actividad lavar y planchar, en comparación con las tareas anteriores, pero son mucho menos los hombres que lavan y planchan: 30,1% de las mujeres lavan y planchan y solo 4,5% de los hombres (Figura 2).

Las actividades domésticas en las que los hombres sí tienen mayor participación son aquellas que responden al estereotipo social del hombre, por ejemplo, en la reparación de la vivienda. Entre las tareas del hogar, existe una especialización por la que las mujeres realizan las tareas más repetitivas -como cocinar, realizar compras, alimentar a las mascotas- y los hombres las actividades eventuales, como reparaciones en el hogar. En cambio, en las actividades asociadas al cuidado personal, a realizar pagos, reunirse con amigos, hacer deporte o hacer voluntariado mujeres y hombres participan de igual manera (Figura 2).

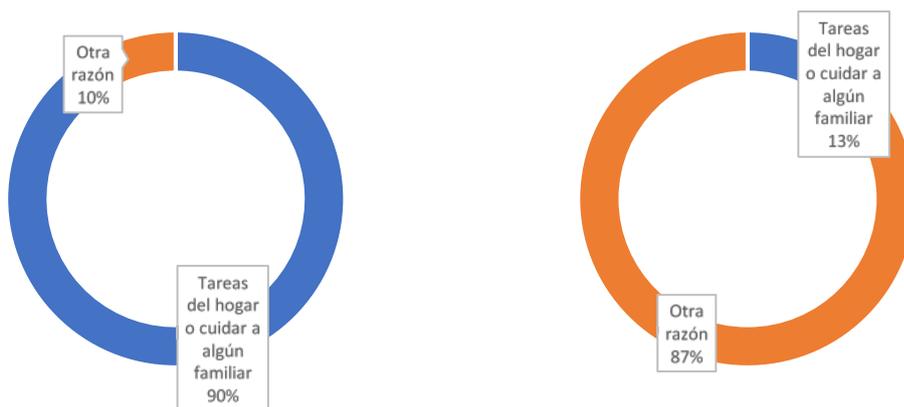
Figura 2. Porcentaje de mujeres y hombres de 25 a 44 años que participan en actividades diversas. Argentina, 2021.



Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT).

Considerando un concepto amplio de trabajo, que integre todas las actividades generadoras de valor -domésticas y mercantiles-, vemos que la participación es alta, tanto en hombres como en mujeres. Incluso, a diferencia de las tasas tradicionales de actividad, las mujeres muestran una participación levemente mayor que los hombres: 97,2% versus 93,6%.

Figura 3. Porcentaje de mujeres y hombres entre 25 y 44 años que conviven con niños menores de 5 años, según razón por la que no desea o no puede trabajar. Argentina, 2021.

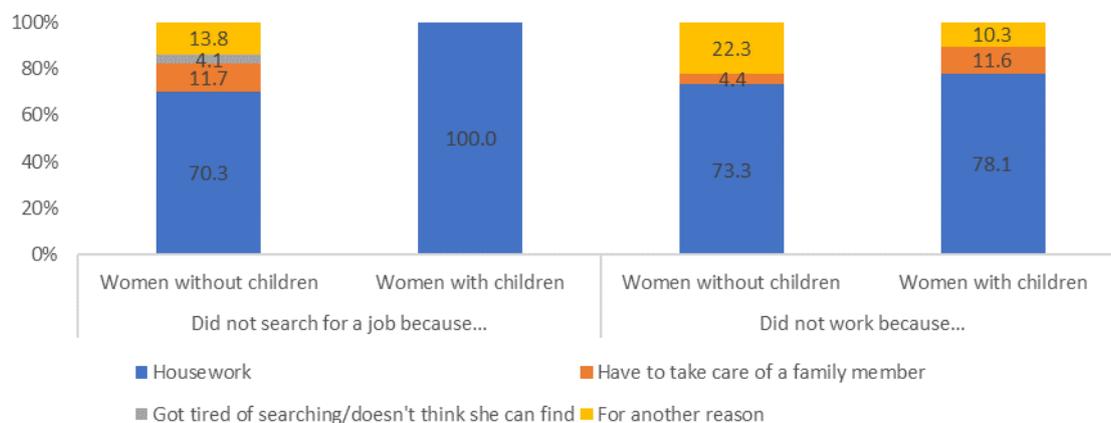


Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo.

Otra forma de presentar el condicionamiento que significa para las mujeres el trabajo doméstico y de cuidado son las razones por las ellas declararon no desear o no poder trabajar en la semana de referencia. *Dedicarse a las tareas del hogar y/o cuidar a algún familiar* fue la razón

declarada por el 90% de las mujeres para justificar su imposibilidad de trabajar. Mientras solo 13% de los hombres adjudicó a esta razón el hecho de no poder trabajar (Figura 3).

Figura 4. Porcentaje de mujeres entre 25 y 44 años según convivencia con niños menores de 5 años y razón por la cual no trabajó o no buscó trabajo. Argentina 2021.



Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT).

En la misma línea, encontramos que las razones por las que mujeres con niños a cargo no buscaron trabajo son diferentes a las razones de aquellas que no tienen niños. Entre las primeras, 12% indicó que no buscó trabajo por tener que cuidar a un familiar, mientras que ninguna de las que no tienen niños proporcionó esta razón. Del mismo modo, 11,6% de las mujeres con niños dijeron que no trabajaron durante la semana de referencia por cuidar a alguien de la familia, en comparación con 4,4% de las mujeres sin niños que no trabajaron. Estos resultados sugieren que las mujeres con niños a cargo se ven más limitadas al momento de trabajar o buscar trabajo (Figura 4).

VI. Estrategias de las madres trabajadoras para garantizar el cuidado de sus hijos mientras trabajan

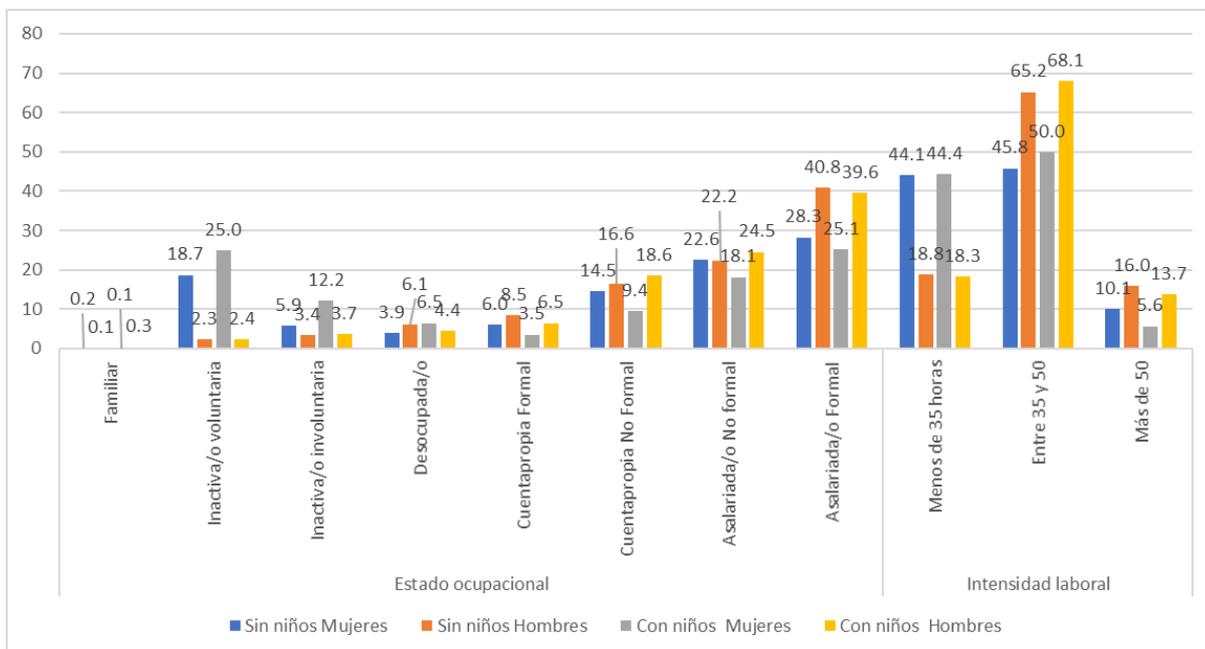
Como hemos visto, la presencia de niños condiciona más la participación laboral de las mujeres que a los hombres, y las mujeres participan mucho más que los hombres en las tareas domésticas y de cuidado. También la forma de insertarse al mercado laboral varía según el género. Típicamente las mujeres mantienen una trayectoria intermitente, con entradas y salidas, en el mercado laboral. Las salidas están asociadas, principalmente, a eventos de maternidad. Las entradas eventuales pueden estar determinadas por la situación laboral del jefe de hogar, dando lugar a las llamadas trabajadoras adicionales. Suele conocerse como trabajadora adicional a aquella que se activa en el mercado dada la necesidad de complementar ingresos familiares, por ejemplo, tras la pérdida de empleo del jefe de hogar o durante fuertes recesiones económicas (Paz, 2009).

Los resultados obtenidos muestran que tanto hombres como mujeres se insertan principalmente como empleadas/os formales. Sin embargo, la diferencia por género es sustancial, pues 40,8% de los hombres se ocupa en un puesto formal mientras solo 28,3% de las mujeres lo hacen. Sí observamos igualdad en la ocupación de puestos informales -tanto asalariados como trabajadores independientes-, en la ocupación en trabajos familiares sin remuneración, en la situación de desempleo y en la inactividad involuntaria. La diferencia vuelve

a surgir en las personas que se encuentran inactivas de manera voluntaria, donde el volumen de mujeres es casi 9 veces mayor que el de hombres (18,7% versus 2,3%).

Lo anterior fue referido a mujeres y hombres sin niños a cargo. Incorporando la categoría de tenencia de niños, se observa que la distribución de los hombres no varía sustancialmente. En cambio, las mujeres con niños se distribuyen de manera diferente de aquellas que no tienen niños a cargo. Por ejemplo, a diferencia de las trabajadoras sin niños que, como se dijo antes, son principalmente asalariadas formales (28,6%), cobra relevancia para las mujeres con niños la inactividad voluntaria (25%). Así, las mujeres con niños se concentran principalmente en la inactividad voluntaria y el empleo informal. También, la inactividad involuntaria es mayor entre estas mujeres, respecto de sus pares sin niños: 12,2% de las mujeres con niños se encuentran inactivas, sin que ese sea su deseo, en comparación con el 5,9% de las mujeres sin niños. Cuando, además, la inactividad involuntaria en hombres con y sin niños es todavía más baja (3,4% y 3,7%, respectivamente).

Figura 5. Estado ocupacional e intensidad del trabajo de personas entre 25 y 44 años según presencia de niños menores de 5 años, por sexo. Argentina 2021.



Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT).

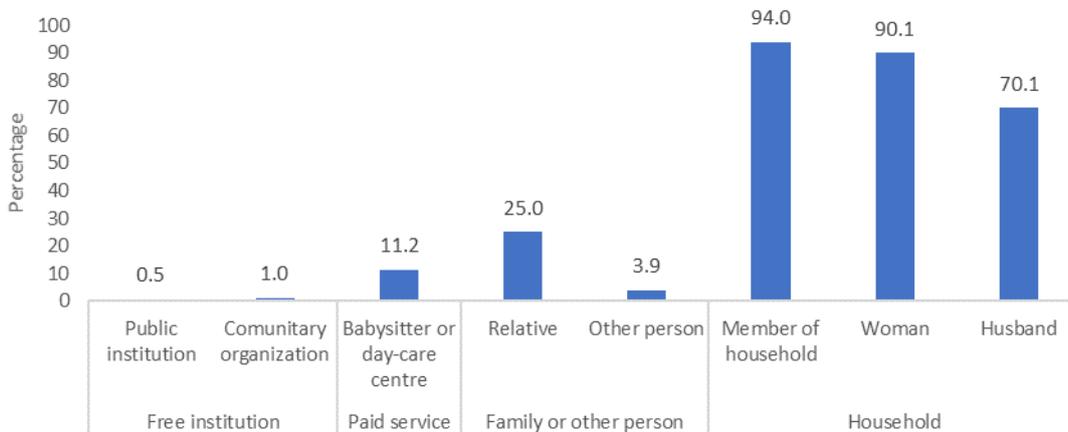
Las mujeres suelen insertarse en puestos que permiten conciliar la vida familiar y laboral. Es así, que, generalmente, se encuentran relativamente más ocupadas en puestos de medio tiempo, y con flexibilidad horaria. Los resultados obtenidos van esta dirección, puede verse que hay prácticamente la misma proporción de mujeres trabajando menos de 35 horas que entre 35 y 50 horas por semana (entre 44,1% y 50%, respectivamente). En cambio, los hombres se ocupan más en puestos de entre 35 y 50 horas (65,2% y 68,1% según la presencia de niños); y solo alrededor del 18% de ellos trabaja en puestos de medio tiempo (menos de 35 horas).

En este estudio se eligió analizar al grupo de mujeres que conviven con niños pequeños y que están ocupadas en el mercado laboral, porque estas son mujeres que requieren indefectiblemente sustituir su tiempo destinado al cuidado, para responder a las obligaciones laborales. Ellas están en una situación diferente a la situación ampliamente analizada de las

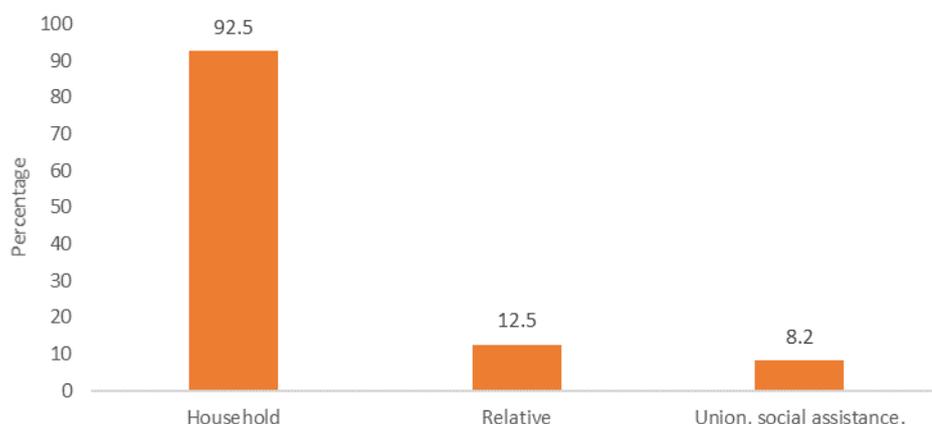
mujeres inactivas, quienes se enfrentan a la decisión de insertarse o no en el mercado, dada la carga de cuidado. Las mujeres ocupadas han superado ya la instancia de decisión de participar en el mercado, están ya trabajando. Como la responsabilidad del cuidado recae en las mujeres, son ellas quienes deben desplegar estrategias para garantizar el cuidado de los niños sin su participación, al menos algunas horas al día.

Los resultados obtenidos muestran que los hijos de las mujeres ocupadas están, principalmente, al cuidado de un miembro del hogar (94%); a su cuidado o al cuidado de otra mujer de la familia (90,1%). En segundo lugar, se encuentra la participación de los cónyuges; 70,1% de las mujeres dejan a los niños al cuidado de sus maridos. Le sigue, en orden de importancia, la asistencia de un familiar (25%) y el pago a una niñera o a un centro de cuidado (11,2%). Las alternativas de contar con otra persona que no recibe pago, o de dejar a los niños en instituciones gratuitas como instituciones públicas u organizaciones comunitarias son de uso mínimo (Figura 6a). En su mayoría, aquellas mujeres que contratan el servicio de cuidado resuelven el pago con ingresos propios del hogar, 92,5%. Un porcentaje menor (12,5%), financia esa contratación con ingresos de familiares que no viven en el mismo hogar (los datos no permiten especificar, pero puede tratarse de abuelos del niño, de padres no convivientes, etc.). Por último, 8,2% cubre los costos utilizando la cobertura de obras sociales, servicios sindicales o de mutuales (Figura 6b).

Figura 6. Estrategias de cuidado de las mujeres trabajadoras de 25 a 44 años que conviven con niños, y fuente de financiamiento de los servicios de cuidado pago. Argentina, 2021.



(a)



(b)

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT).

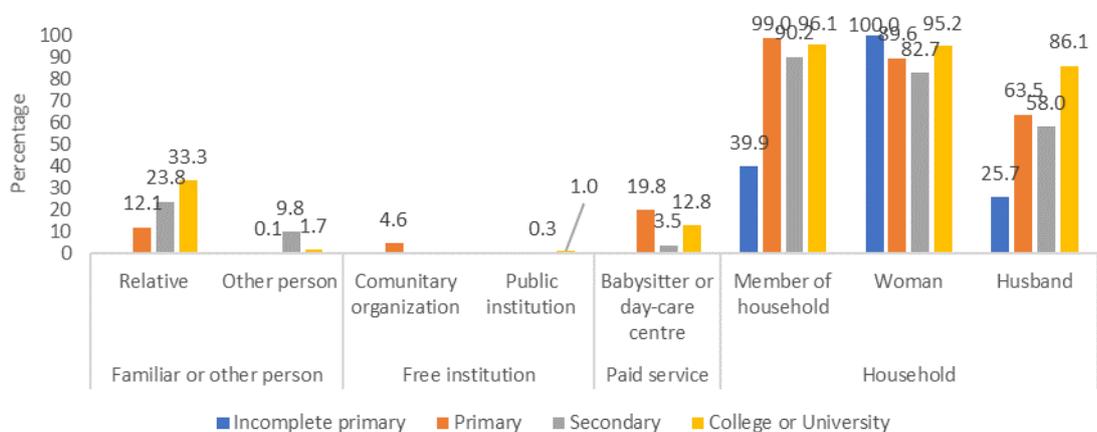
La hipótesis bajo estudio focaliza en las estrategias desplegadas por madres de diferentes estratos económicos. Es decir, se busca revelar las diversas formas que las madres trabajadoras ponen en juego para garantizar el derecho que tienen los niños a ser cuidados (Unicef, 2018), y que esas formas varían según la capacidad económica de las madres, y también según la conformación del hogar. Por un lado, mayor capacidad económica permitiría acceder a la contratación de servicios de cuidado. Así, sustituir las horas de cuidado a cargo de la madre por horas de una niñera o de un espacio de cuidado. Por otro, la conformación del hogar determina la posibilidad de sustituir el tiempo de cuidado de la madre, por el tiempo de otro miembro de la familia. Así también, un hogar con más personas en edad de trabajar puede contar con más recursos, que finalmente habiliten la contratación del servicio de cuidado. Se utiliza el nivel educativo de las mujeres como aproximación de su estatus económico, ya que la encuesta no proporciona información sobre ingresos.

Los resultados obtenidos muestran que las mujeres de diferentes niveles económicos mantienen estrategias similares de cuidado. En general, la mayoría de los hijos de mujeres trabajadoras quedan a su cuidado o al cuidado de otras mujeres de la familia. En segundo lugar, aparece la participación de los cónyuges. Por ejemplo, todas las mujeres trabajadoras que no completaron la primaria se encargan del cuidado de sus hijos (100%), y solo 25,2% de ellas cuenta con la participación de sus parejas. Es interesante notar que la participación de los maridos aumenta conforme lo hace el nivel educativo de las mujeres (Figura 7).

Considerando la teoría de emparejamiento selectivo que establece que las parejas se seleccionan con una correspondencia en el nivel educativo (Robles, 2024), podría decirse que los hombres más educados tienen mayor propensión a participar del cuidado de los niños. La razón puede no solo radicar en el mero deseo de criar a los hijos, sino también en la disponibilidad de tiempo para poder hacerlo. Los hombres más educados tienen, por ejemplo, más probabilidad de trabajar bajo la modalidad teletrabajo. Un estudio de OIT indica que “los asalariados formales, de mayor nivel educativo, adultos, que realizan tareas profesionales, técnicas, gerenciales y administrativas han podido hacer un uso más intensivo” de la modalidad teletrabajo (Maurizio, 2021). Más allá de las razones, que merecen una indagación más profunda, es notable la desigual participación de hombres con nivel educativo bajo y nivel alto en el cuidado (60 pp.).

La contratación del servicio de cuidado no tiene una relación clara con el nivel educativo de las mujeres. Más bien, esta muestra una forma de U, siendo mayor la contratación por parte de mujeres con primaria completa y con estudios superiores. Las mujeres con primaria incompleta no contratan, y las mujeres con secundaria recurren mucho menos a esta estrategia. Estas últimas recurren, en mayor proporción que el resto, a la asistencia de una persona que no cobra, que no es un familiar y que no vive en el mismo hogar. Tal vez, una amiga o alguna persona de confianza. Por otro lado, y a contramano de lo esperado, apelar a la ayuda de familiares es una estrategia que aumenta con el nivel educativo. Las mujeres con nivel superior son las que más recurren a un familiar para el cuidado de sus hijos, 33,3% en comparación al 12,1% de las madres con primaria incompleta. Resulta interesante mencionar que las únicas que se valen de los servicios de cuidado comunitario son las mujeres trabajadoras de nivel educativo bajo (con primaria) (Figura 7).

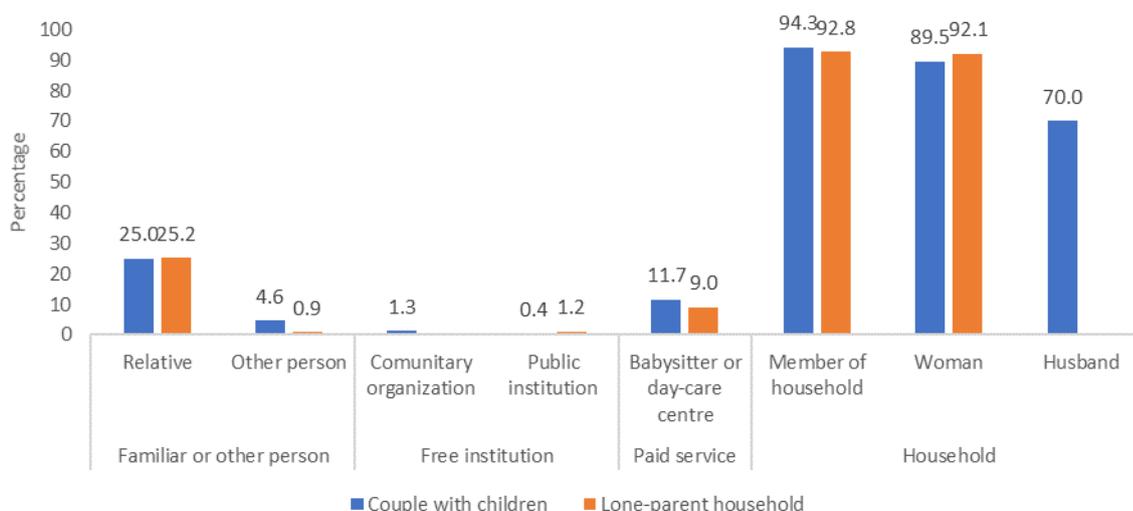
Figura 7. Estrategias de cuidado de las mujeres trabajadoras de 25 a 44 años que conviven con niños según nivel educativo. Argentina, 2021.



Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT).

La Figura 8 presenta las diferentes estrategias de cuidado que utilizan las madres que conviven con su cónyuge e hijos, y aquellas que viven solo con los hijos. Las mujeres que encabezan un hogar con niños suelen mantener una condición de vulnerabilidad relativamente mayor que el resto de los hogares. Por ejemplo, son estos los hogares donde la pobreza LIMTIP es sustancialmente mayor; mientras que en 2013 en la Argentina la pobreza LIMTIP alcanzaba al 19,6% de la población, su incidencia fue de 73% en hogares conformados por una mujer y 3 niños o más (hogares monomarentales). Los hijos de mujeres que conviven con su cónyuge están, principalmente, al cuidado de un miembro del hogar (94,3%); más que nada, a su cuidado o al cuidado de otra mujer del hogar (89,5%). Ellas también cuentan con la participación del cónyuge (70%), y recurren, en mayor medida que las mujeres que son únicas proveedoras del hogar, a la contratación del servicio de cuidado (11,7% versus 9%), y a otras personas que no son familiares (4,6% versus 0,9%). En similar magnitud madres solas y las que conviven con sus cónyuges apelan a la ayuda de familiares: 1 de cada 4 recurre a esta estrategia. Finalmente, aquellas que conviven con sus cónyuges son las únicas que utilizan servicios comunitarios, mientras que los servicios de cuidado gratuitos provistos por instituciones públicas son utilizados relativamente más por las madres solteras (0,4% versus 1,2%).

Figura 8. Estrategias de cuidado de las mujeres trabajadoras de 25 a 44 años que conviven con niños según tipo de hogar. Argentina, 2021.



Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT).

VII. Reflexiones finales

En todos los países del mundo, las mujeres participan más en las tareas domésticas y de cuidado que los hombres. Siendo el cuidado una necesidad fundamental para la reproducción de las sociedades, la responsabilidad que se deposita sobre las mujeres es muy importante; y muchas veces el hecho de que las mujeres asuman esa responsabilidad es poco valorado. Si bien la teoría habla de un diamante del cuidado donde el Estado, las empresas, la comunidad y las familias sostienen a esa piedra preciosa que es el cuidado de las personas, en la práctica, la responsabilidad de cuidar recae casi con exclusividad sobre las familias. El Estado y las empresas asumen su responsabilidad de cuidado de manera incipiente y, por tanto, insuficiente. Mientras que la comunidad procura, especialmente en sectores populares, dar respuesta al desborde de la demanda que la familia no puede atender por su cuenta. Entonces, las mujeres se ocupan de que los trabajadores de hoy y del futuro estén disponibles -sanos, limpios, educados y alimentados- para la producción económica.

Avances tecnológicos, médicos y culturales propiciaron la creciente participación laboral de las mujeres. No obstante, siguen siendo ellas, aunque trabajen en tiempo completo, quienes limpian, cocinan y cuidan. Así, la jornada laboral en el mercado sumada a al trabajo doméstico y de cuidado no remunerado dan lugar a la llamada *dobles jornadas* de trabajo que la mayoría de las mujeres ocupadas llevan a cabo. Es aquí donde esta investigación puso el foco, en las estrategias que las mujeres ocupadas despliegan para cuidar a sus hijos mientras trabajan en el mercado.

La evidencia muestra que las madres ocupadas y otras mujeres del hogar son las principales cuidadoras de los niños, y que la participación de los padres es relativamente menor. La contratación del servicio de cuidado es una realidad solo para 11,2% de las madres trabajadoras. Las ofertas gratuitas no parecen ser una opción real, solo 1,5% de las mujeres ocupadas resuelve el cuidado en instituciones públicas o a través de organización comunitarias. A contramano de lo que se esperaba, las mujeres ocupadas más educadas (de mayor nivel económico) recurren más a los familiares, que las menos educadas.

Los maridos de nivel educativo superior participan mucho más en el cuidado que aquellos de bajo nivel educativo. Este sería un punto interesante a profundizar, pues la brecha de género entre hombres y mujeres de nivel educativo superior es la más baja (9,1pp.) respecto al resto de los niveles. Se desconoce si la propensión a cuidar es mayor a medida que aumenta la educación, o si la mayor disponibilidad de tiempo permite a estos padres participar más que otros. Son ellos quienes tienen, por ejemplo, mayor probabilidad de realizar su trabajo en modalidad teletrabajo, aumentando la probabilidad de compartir tiempo en el hogar con los hijos.

Cerrar las brechas de género contribuye no sólo al desarrollo personal y la autonomía económica de las mujeres, sino también fomenta el desarrollo y el crecimiento económico. Mejoras continuas, únicamente, en términos de crecimiento y desarrollo no son suficientes para revertir problemas relevantes como el envejecimiento poblacional. Urge invertir tiempo y recursos en el diseño de políticas creativas y ambiciosas que aceleren la reducción de las brechas de género en favor de toda la sociedad.

VIII. Bibliografía

- Aloè, Erica (2020). Quality of statistical match used in the estimation of the Levy Institute Measure of Time and Income Poverty (LIMTIP) for Italy 2008 and 2014 and preliminary results, Working Paper, No. 967, Levy Economics Institute of Bard College, Annandale-on-Hudson, NY
- Amarante, V., & Failache, E. (2023). La medición del uso del tiempo: aprendizajes y desafíos (No. 23-08).
- Andersson, G. (2020). A Review of Policies and Practices Related to the "Highest-Low" Fertility of Sweden: A 2020 update.
- Arévalo, C. (2018). Pobreza de tiempo e ingresos en la Argentina. *Trabajo y sociedad*, (31), 393-415.
- Carrasco, C., Borderías, C., & Torns, T. (2012). Book review: El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, 140(1), 177-180.
- Casado-Marín, D., García-Gómez, P. & López-Nicolás, A. (2011). "Informal Care and Labour Force Participation Among Middle-Aged Women in Spain." *Series 2(1)*: 1–29.
- Charmes, J. (2019). *The Unpaid Care Work and the Labour Market. An analysis of time use data based on the latest World Compilation of Time-use Surveys*. Jacques Charmes; International Labour Office – Geneva.
- Conelly, R. & Kongar, E. (Eds.) (2017). *Gender and time use in a global context. The economics of employment and unpaid labor*. ISBN 978-1-137-56836-6
- Duflo, E. (2012). Women empowerment and economic development. *Journal of Economic literature*, 50(4), 1051-1079.
- Esquivel, V. (2014). *La Pobreza de Ingreso y Tiempo en Buenos Aires, Argentina: Un ejercicio de medición de la pobreza para el diseño de políticas públicas*.

- Faur, E. (2019). El cuidado infantil en el siglo XXI: Mujeres malabaristas en una sociedad desigual. Siglo XXI editores.
- Goldin, C. (2006). The quiet revolution that transformed women's employment, education, and family. *American economic review*, 96(2), 1-21.
- Hakim, C. (1996). Key issues in women's work: Female heterogeneity and the polarisation of women's employment. Vol. 4, A&C Black.
- Leavy, P. (2022). Los sentidos del cuidado para la primera infancia: observaciones antropológicas sobre los centros de primera infancia en la provincia de Salta. *Ciudadanías. Revista de Políticas Sociales Urbanas*, (11).
- Magliano, M. (2019) La división sexual del trabajo comunitario. Migrantes peruanos, informalidad y reproducción de la vida en Córdoba, Argentina, *Revista de Estudios Sociales* [En línea]. Consultado el 26 abril 2024. Disponible en: <http://journals.openedition.org/revestudsoc/46581>
- Maurizio, R. (2021). Desafíos y oportunidades del teletrabajo en América Latina y el Caribe. Lima, Perú. Serie Panorama Laboral en América Latina y el Caribe, OIT.
- Myrskylä, M., Billari, F., & Kohler, H. (2011). High development and fertility: fertility at older reproductive ages and gender equality explain the positive link.
- Naciones Unidas (2015). Transformar nuestro mundo: la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible. A/RES/70/1
- ONU Mujeres (1995). Declaración y plataforma de acción de Beijing. Declaración política y documento resultado de Beijing, 5.
- Pautassi, L., & Zibecchi, C. (2010). La provisión de cuidado y la superación de la pobreza infantil. Programas de transferencias condicionadas en Argentina y el papel de las organizaciones sociales y comunitarias.
- Paz, J. (2018). Brecha de participación económica entre hombres y mujeres y dividendo de género: factores determinantes no tradicionales captados en una muestra de países.
- Robles, A. (2024). Emparejamiento selectivo por edad y educación en la formación de uniones: una revisión de la investigación en América Latina. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 39(1).
- Rodríguez Enríquez, C. (2007). Economía del cuidado, equidad de género y nuevo orden económico internacional. En publicación: *Del Sur hacia el Norte: Economía política del orden económico internacional emergente*. Giron, Alicia; Correa, Eugenia. CLACSO, Buenos Aires. ISBN 978-987-1183-78-4 Disponible en: http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/sursur/giron_correa/22RodriguezE.pdf
- Roser, M. (2014). Fertility Rate. Disponible en: <https://ourworldindata.org/fertility-rate> [Online Resource]

Schenone, D. & Oliva, M. (2017). La responsabilidad familiar corporativa frente al problema de la conciliación familia-trabajo. Tensiones entre el derecho al cuidado y la inversión en capital humano en la Argentina. CEC Año 4, N° 7. pp. 71- 95

Svampa, M. (2020) "Reflexiones para un mundo postcoronavirus", en Nuso:
<https://nuso.org/articulo/reflexiones-para-un-mundo-post-coronavirus/>

UNICEF (2018). El derecho al cuidado: conciliación familiar y laboral en las empresas. Cuadernos para la acción, 1ª ed.

Vallin, J. (1994). La demografía. Serie E - CELADE (Santiago).

Zibecchi, C. (2014). Entre el trabajo y el amor, el cuidado de niños en contextos de pobreza: el caso de las mujeres cuidadoras del ámbito comunitario. Estudios sociológicos, 385-411.